

hasta donde nos sea posible. Mas ¡ay de mí! cuántos cristianos merecerán “se les eche en cara aquellas palabras del Apóstol San Júdas cuando dice: —“que son como nubes sin agua *nubes sine aqua.*”¹

¡Ah Señor! que yo no incurra en semejante desgracia! “Bien sé, que no soy más que una nubecilla: ¿qué fertilidad puede esperarse de mí.....Sin embargo, una buena palabra, un aviso oportuno ó un ejemplo que edifique, vendrán á ser como una gota de agua, pero con esta gota tal vez podré “refrigerar la sed ardiente de algunas almas.

VII.

“Al encarnarse el Verbo divino, quiso que su divinidad quedase oculta “bajo la nube de su carne mortal: esta nube era mucho más espesa que aquella otra bajo la cual también se oculta á nuestros ojos en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Así es que, cuando me acerco al Tabernáculo, no puedo ménos que exclamar diciendo: ¡Vos, Señor, no habeis puesto aquí vuestro Tabernáculo en el sol, sino en una nube! Mas esto no importa... porque al traves de esa nube espesa, mi amor os contempla!

En el Tabor comenzásteis á resplandecer con un brillo del todo divino á los ojos deslumbrados de vuestros discípulos, los que hablando entre sí, se decían: “*Qué bueno será que nos quedemos aquí.*”² Pero mientras ellos hablaban así, una nube los cubrió con su sombra, ocultándoles la hermosura de vuestro rostro.

Mas en vuestro Tabernáculo sucede todo lo contrario: al principio os envuelve una nube; pero esta nube se disipará y entonces aparecerá á nuestros ojos la hermosura de vuestro rostro, mucho más brillante que el sol por la duracion inmensa de los siglos eternos.

¹ Jud. 13.

² Math. XVII.—Luc. IX, etc.

LA LLUVIA.

La misericordia divina.—La palabra de Dios.—
Las lluvias de la mañana y de la tarde.—La gracia.—Las lluvias del Invierno.—
Las lluvias del cielo llueven al justo.—Lluvia de la Escritura.

I.

EN medio de los ardientes calores del Estío, y cuando una abundante lluvia cae sobre la tierra seca, ¡qué alegría se difunde entonces por la naturaleza! las plantas marchitas recobran nueva vida, y el hombre renueva las esperanzas de alcanzar más rica cosecha.

El autor del sagrado libro del Eclesiástico compara la misericordia divina en los días de tribulacion, á la lluvia que riega la tierra en tiempo de seca. “*Speciosa misericordia Dei in tempore tribulationis quasi nubis pluviae in tempore siccitatis.*”¹ Y en verdad, que la abundante lluvia que cae sobre la tierra seca, es una imágen dulcísima de la bondad de Dios.

Por esta razon el Señor prometía muy á menudo á su pueblo, enviarle la lluvia como una recompensa á su fidelidad; é igualmente cuando queria castigarle en su justicia, le anunciaba por medio de su Profeta que volvería el cielo de bronce. Mas esa lluvia material no era más que una vana figura, porque ¡cuánto mayor é incomparablemente más grande es la divina misericordia, especialmente cuando viene á caer como una lluvia sobre nuestra pobre alma! la va penetrando poco á poco; despues, refresca el corazon abrasado por el ardor de las pasiones y regándolo al fin, lo hace fecundo para el bien.

A nadie rehusa el Señor la lluvia abundante de su misericordia: Él la hace caer de un mismo modo sobre el campo de los justos, así como en el de los pecadores; y mientras más nos consagramos á exponerle por medio de la oracion, lo inmenso de nuestras necesidades, más y más se complace en escucharnos... Despertando, pues, nuestra confianza, digámosle con fre-

¹ Eccli. XXXV, 26.

cuencia, como David: "mi alma; oh Señor: ¡ está delante de Vos, como una tierra sin agua; haz que la abundancia de las lluvias celestiales descienda á mi corazón." ¹

II.

Interpretando el símbolo de las nubes por las Santas Escrituras y los Padres de la Iglesia, hemos dado á conocer la significacion que comunmente se da á las lluvias en el lenguaje de los autores sagrados. Si las nubes son para nosotros una figura muy natural de los Predicadores de la divina palabra, las lluvias nos pintan al vivo esta misma palabra derramándose sobre nosotros con su saludable efusion.

"Que mis enseñanzas—decía Moises á su Pueblo—se derramen sobre vosotros como una lluvia." ²—Esta lluvia de la palabra divina, de la cual no era más que una imperfecta imágen la lluvia material prometida á los judios, es sobre todo, la que difundándose hoy por la basta extension de la Iglesia, le trae la fecundidad.

"Dios—dice al Santo Job—riega con sus lluvias todo el Universo." ³ "Y en efecto—agrega San Gregorio—es tal el poder de la doctrina cristiana, que sus benéficas aguas son el medio especial para todas nuestras miserias, haciendo, además, germinar en nosotros aquellas virtudes que más se oponen á nuestros vicios. Ellas saben comunicar la humildad al soberbio, la confianza al alma tímida, y el fervor del celo á la que es tibia y perezosa. Purifican el corazón impuro, volviéndolo casto; refrenan la concupiscencia del avaro, contienen los ímpetus del colérico. Finalmente, siguiendo nuestras diversas inclinaciones, las hacen producir diversos efectos: de manera, que con toda verdad podemos decir: que Dios con sus lluvias riega y refresca todo el Universo. *Dat pluviam super faciem terræ, et irrigat aquis universa.*" ⁴

III.

Dios por medio de sus Profetas prometía frecuentemente á su Pueblo la lluvia de la mañana y la lluvia de la tarde. "La lluvia de la mañana, según la opinion de San Gregorio, es la inteligencia de la divina palabra, que el Señor daba á sus escogidos, allá en la ley antigua. La lluvia de la tarde, era la predicacion de los misterios del Salvador, que comenzó después del día de la Encarnación" ⁵ O bien—según San Jerónimo—"la lluvia de la mañana, es la palabra cristiana, que ha establecido en nosotros los principios de la fé; la lluvia de la tarde, es la que recibimos cuando está

¹ Ps. LXVII, 5.

² Deut. XXXII, 2.

³ Job. V, 10.

⁴ S. Greg. Mag. Moral. lib. VI, cap. 16.

⁵ Id. S. Greg. lib. XX, 1.

"ya la mies madura, y no nos queda otra cosa que hacer, más que juntar la gavilla para depositarla en los graneros del divino Padre de familias." ¹

En la mañana de mi vida, humedecieron mi frente las primeras gotas de esa lluvia divina, cuando la palabra cristiana me instruía, dándome aquellas lecciones propias de la infancia. ¡ Oh, con qué santa ansia las escuchaba yo entonces, y cómo se regocijaba mi espíritu con la frescura de sus aguas!

Después, no dejaron de estar cayendo sobre mí, pero no me penetraban; porque estaba yo en aquel fatal estado en que se encuentra aquella tierra reprobada y casi maldita, de la que asegura el Apóstol, que á pesar de recibir con abundancia la lluvia, no producía más que espinas. ²

¡ Oh lluvia de la tarde, no me rehuses tus últimos riegos, pequeña es mi cosecha, y si le falta tu auxilio se marchitará y acabará! ¡ Oh lluvia de la tarde, riega mis campos, para que en el último día de los tiempos no llegue á presentarme con las manos vacías delante del Padre de familias!

IV.

Si la lluvia es el símbolo de la palabra divina, la Santa Escritura nos enseña igualmente que también significan la infusion de la divina gracia en nuestras almas.

"Señor—decía David.—Vos habeis separado á vuestro pueblo, como que es vuestra heredad, y le habeis concedido por privilegio una lluvia del todo gratuita y voluntaria. *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hereditati tuæ.*" ³

"Toda gratuita—agregan los intérpretes—⁴ porque solo se debe á vuestra bondad y de ningun modo á nuestros méritos. Vos no habeis obrado así con respecto á todas las naciones, ni á todas les habeis manifestado vuestros juicios."

Por esta razon—dice también San Gregorio—que el Santo Job se complacía en llamar á Dios, Padre de la lluvia: "*pluvie Pater.*" ⁵ Y efectivamente, Él es quien, sin atender á nuestros méritos, riega y refresca con las aguas de su gracia la ceguedad de nuestros corazones. Él es verdaderamente quien extiende su misericordia sobre las criaturas y el que reserva también sus gracias para derramarlas como quiere y donde le place. Mas el alma privada de su gracia viene á ser lo mismo que una tierra sin agua. "*Terra sine aqua.*" ⁶

Procuremos recordar con frecuencia aquellas palabras que nos dejó escritas el Apóstol Santiago: "Élías era hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer, mas hizo oracion para que no lloviese sobre la tierra, y por tres años y seis meses no llovió. Y oró de nuevo: y el cielo dió lluvia y

¹ S. Greg. lib. XX, 1.

² S. Jer. Com. in Gse II, 6.

³ Ps. LXVII, 10.

⁴ Aug. in cod. ps. II.

⁵ Job XXXVIII, 28.

⁶ Ps. CVI, 35.

“la tierra dió su fruto.”¹ Imitemos al Profeta, y orando con frecuencia, repitamos con la Santa Iglesia. “Dignaos, Señor, derramar vuestra gracia “infundiéndola en nuestros espíritus, etc.”²

V.

Si hay lluvias benéficas que riegan y fecundizan la tierra, también las hay perniciosas como las escarchas y heladas del invierno, que lejos de ayudar á la vegetación la retardan; y en lugar de llenar de regocijo á la naturaleza, no vienen á servirle sino como de castigo. A estas lluvias se refería el Esposo de los Cantares cuando decía: “El invierno pasó: se fueron y se alejaron las lluvias; las flores comienzan á aparecer.”³

¿Y qué son esas lluvias del invierno?—Pregunta San Bernardo.—“Son “aquellas lluvias borrascosas, torrentes de iniquidad, que cayendo sobre la “tierra la convierten en un lodo impuro, y por lo mismo vienen á servirle “de estorbo para que pueda producir frutos; y no significan otra cosa mas “que la vana locuacidad de los filósofos, que por permission del cielo abren “su inmundada boca para derramar sobre la tierra todo el veneno de su lengua impía. Estas malélicas lluvias impiden la fertilidad de la Iglesia, y “es indispensable que cesen estas aguas para que ella comience á florecer.”⁴

VI.

Contemplemos ahora esa otra lluvia nueva y del todo favorable: la lluvia por excelencia que tanto pedía á las nubes el Profeta Isaias cuando las apostrofaba diciendo: “*Nubes pluant Iustum.*” “Que las nubes lluevan “al justo.”⁵

Todos los beneficios de la bondad de Dios, todos los tesoros de la palabra divina y de la gracia se reunieron en Jesucristo. Pues ¿cómo este mismo Jesucristo no vendrá á ser la lluvia por excelencia que los cielos derraman sobre la tierra?

Mas ¡ah! que en la Eucaristía es donde principalmente se derrama esa divina lluvia que es Jesucristo: porque despues que el Salvador se dignó instituir en el Cenáculo este divino Sacramento, no ha habido un solo día en que la voz de los sacerdotes no haga que todas las nubes del cielo lluevan al Justo haciéndolo descender hasta nuestros altares. Así es como ha venido también á realizarse en la persona de Jesucristo aquella figura simbólica del maná de que nos habla el Rey Profeta diciendo: “Y les llovió “el maná para comer y les dió pan del cielo”⁶ con que se nutriese su pueblo.”

¡Oh lluvia santa, ó lluvia divina, ó lluvia eucarística! Caed sobre mí é inundadme. Vos que sois el verdadero maná, nutridme. Vos que sois el Justo, santificadme.

¹ Ep. Jac. V, 17 18.

² Off de B. M. V. in Adventu.

³ Cant. II, 11.

⁴ Ser. in cant. LXI.

⁵ Isai. XLV, 8.

⁶ Ps. LXXXVII, 24.

EL ROCÍO.

El rocío y las estrellas.—El mundo es como una gota de rocío.—La palabra de Dios.—Diferencia entre la lluvia y el rocío.—La gracia, la misericordia y la caridad.—La cabeza del divino Esposo.—La vision de Gedeon.—María.

I.

LA noche que hermosea los cielos con sus innumerables estrellas, también deja caer sobre nuestros campos las perlas del rocío: éstas brillan acá abajo en la superficie de los cuerpos ante el aspecto del sol, lo mismo que las estrellas en el firmamento. Pero luego que el sol hace sentir el calor de sus rayos el rocío se evapora y desvanece.

El autor del sagrado libro de la sabiduría nos enseña: “que el universo “no es delante de Dios sino como una gota de rocío de la mañana,”¹ porque si Dios se manifestase al mundo en su gloria y magestad, todo cuanto existe se anonadaria delante de Él como el rocío delante del sol.

II.

La lluvia y el rocío tienen comunmente una misma significacion en las Santas Escrituras, y como la lluvia, también el rocío nos simboliza la palabra del Señor.

No obstante esto, el Padre San Gregorio, interpretando aquel texto del Santo Job, “¿quién es el Padre de la lluvia, y quién ha engendrado el rocío?” nota alguna diferencia entre estos dos símbolos, diciéndonos: “Que “el rocío nos significa aquella predicacion más suave, tierna y compasiva; “y que la lluvia nos revela una palabra vehemente, poderosa.”²

En aquellas palabras del Apóstol á los corintios, “en cuanto á mi no

¹ Sap. XI, 23.

² S. Greg. Mag. Moral. XXIX, 27.

“creo saber otra cosa entre vosotros más que á Jesus, y á Jesus crucificado,”¹ vemos el rocío que vertía sobre ellos. Por el contrario, derramaba con su palabra abundantes lluvias y torrentes cuando les hablaba en estos términos: “Mi boca se abre y mi corazón se dilata sobre vosotros ¡oh Corintios!”²

III.

De la misma manera la lluvia y el rocío figuran la misericordia y la gracia divina.

Si el Señor quiere advertir á su pueblo infiel que va á retirar de él su misericordia, le dice: “Qué haré contigo Efraim; qué haré contigo Judá? Mi misericordia será como el rocío de la mañana que se evapora á los primeros rayos del sol.”³ Pero cuando trata de explicarles que compadecido de las desgracias de Israel, y movido por su arrepentimiento, vá á volverle la abundancia de sus gracias, entónces le consuela en estos términos: “Yo seré el rocío de Israel que lo haga germinar como el lirio.”⁴

Porque la caridad fraternal es una gracia y una misericordia divina, la compara el Salmista al rocío de Hermón, cuando dice: “¡Oh cuán bueno y cuán dulce es para los hermanos vivir en perfecta union; esta union es semejante al rocío que cae sobre los montes Hermón y Sion llenándolos de fertilidad.”⁵ “Y en verdad—dice San Agustín.—De la misma manera que el rocío viene del cielo, así también la caridad entre los hermanos es una gracia toda celestial y divina.”⁶

Cuando el rocío ha venido á humedecer las plantas, se olvidan éstas del calor del día que las tenía marchitas, y levantando la cabeza, se puede decir que se juzgan dichosas por el dulce refrigerio con que el cielo las consuela. Pues así también podemos asegurar que no hay dolor, sufrimiento ni pena, que no vengán á disminuirse con los cuidados de la caridad fraternal. Ella se extiende sobre todas las miserias, así como el rocío por los campos; y así como no hay yerba que el rocío no alegre, tampoco hay alma á quien la caridad no consuele.

IV.

Si Jesucristo es el autor de la gracia, ó la gracia misma, ¿cómo no ha de estar inundado de ella? Pues no nos sorprendamos al leer en el sagrado libro de los Cantares, que al llamar á la puerta del alma fiel, le diga: “Abre-

1 1 Cor. I, 23.

2 2 Cor. VI, 11.

3 Ose. VI, 4.

4 Ose. XVI, 6.

5 Ps. CXXXII, v. 1 et. 3.

6 In Ps. CXXXII, 10.

“me hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está empapada de rocío.”¹

Y si San Pablo nos dice que Jesucristo es la cabeza y que nosotros somos los miembros, abrámosle las puertas á Jesucristo para participar de sus gracias.

¡Oh Jesus, hermano mio, qué dulce y qué provechoso será para mí el que vivamos juntos! Penetra mi corazón.

Ven como el rocío de Hermón, y que este rocío descendiendo de tu adorable cabeza, vivifique mis miembros desfallecidos.

V.

Leemos en el libro de los Jueces, que habiendo pedido Gedeon al Señor, dos señales que le dieran á conocer, si la salud de Israel, debía ó no obrarse por su medio, el Señor condescendió á sus ruegos; y vió Gedeon desde luego que el rocío del cielo, se extendió sobre la superficie del vellocino que él había puesto en su campo, mientras que la tierra que estaba al derredor del vellocino, permanecía seca; observando despues que el vellocino se secó completamente, y que el rocío vino á dar al rededor de la tierra que aquel ocupaba.

Los Padres de la Iglesia han interpretado muchas veces esta singular vision.

El rocío que solamente humedecía la superficie del vellocino, les parecía una imágen de las bendiciones celestiales reservadas únicamente al pueblo judío, que viniendo la gentilidad veía á esta excluida de esas bendiciones. Y el rocío que cubría la tierra mientras el vellocino estaba seco, era la imágen viva de la gracia de Jesucristo que se derramaba sobre los gentiles, excluyendo de ella al pueblo judío mientras permaneciera en su reprobacion.

Muchos Padres de la Iglesia, vén además—en el vellocino del Gedeon humedecido por el rocío, un emblema del seno virginal de la Purísima Virgen María, fecundado por el Espíritu Santo en el misterio de la Encarnacion.

Mas esta figura tiene sobre todo, una explicacion admirable en la Inmaculada Concepcion de la Reyna de las Vírgenes.

En efecto, solo María fué purificada por el rocío del cielo, desde el primer instante de su concepcion, mientras que fuera de ella, todas las demas criaturas permanecieron en la sequedad de la culpa.

¡Oh Madre de Dios! ¡O Madre Inmaculada! Vos no habeis recibido este singular privilegio sino para venir á favorecer al miserable pecador. Fijad sobre mí vuestros ojos misericordiosos, ¡O María! Mirad, que tanto yo, como todo lo que me circunda sufrimos la mas espantosa sequedad. Haced al ménos que el prodigio del vellocino, se renueve en mi pobre corazón; alcanzadme alguna parte de ese rocío celestial de la gracia que purifique mi corazón y santifique mi vida.

7 Cant. V, 2.